

III

Hoy soñé con el día que te conocí. Creo que ha sido el sueño más hermoso que he tenido en todos estos años de penuria y aflicción sin poder verte, mi amor.

Tendría los diecisiete años recién cumplidos cuando vi por primera vez tu semblante.

Te conocí en la discoteca Oriente Express que estaba situada en la plaza de la Merced, de Huelva. Me quedé atónito cuando vi cómo tu pelo recorría un majestuoso giro a la vez que tus caderas bailaban al son de la música que pinchaban en la discoteca. Eras bellísima, con un cuerpo de ensueño y la sonrisa más fastuosa y sublime que había conocido en mi vida. Eras una diosa, ¿cómo podías ser tan bella? Tenía que conocerte costara lo que costara. Era mi última oportunidad de conocer a la mujer más maravillosa del universo y efectivamente no me equivoqué, amor mío. Me puse a bailar con mis amigos cerca de ti y de tus primas. Me miraste y sonreíste. Preguntaste a tu prima quién era yo. En ese momento fui feliz porque al fin existía para ti. Yo no era nadie, hasta que tú no me

descubriste. Yo no sabía nada de ti, pero entonces pensé que todas las respuestas a mis preguntas no importaban...

Al tenerte tan cerca no tuve más remedio que presentarme y no perder la oportunidad de mi vida...

—Me llamo Ana —musitaste, mientras me dabas dos besos en mis mejillas.

Juré que nunca me volvería a lavar la cara para tener tus besos junto a mí para siempre.

Tú sonreíste y yo vi a un ángel que estaba a mi lado, un ser maravilloso que me había llenado el corazón en un solo segundo.

Estuvimos charlando y bailando toda la noche. Eras maravillosa, se podía hablar de cualquier cosa contigo y eso llenaba, más aún si cabe, mi corazón.

En un momento de la noche sonó la canción que nos uniría de por vida. Te pedí bailar y tú cogiste mis manos trémulas y llenas de pasión por ti, mi amor.

Sonó en todos los recovecos de la discoteca la canción más maravillosa de todos los tiempos. Creo que es porque fue la canción que me llenó de locura y de amor por tenerte a mi lado toda la vida.

Mientras te miraba a los ojos, la balada de George Michael “Careless whisper” nos llenaba de paz, amor y seducción. Ansiaba besar tus labios, pero sabía que no era ni el momento ni el lugar idóneo para ello. No quería que pensaras que serías una mujer de una noche para mí. Haría cualquier cosa para estar a tu lado toda la vida y me costó no caer en la tentación de tus labios. Soñé con tu corazón junto al mío, mientras miraba el brillo de tus ojos y escuchaba la canción que resonaba en mi alma.

Por desgracia llegó el momento de despedirnos. Nos dimos dos besos y me diste las gracias por la noche que habíamos pasado. Yo te

respondí que las gracias te las daba a ti por haberme enseñado tu maravilloso ser. Sonreíste de nuevo y mi corazón no podía dejar de amarte. Parecía una locura que en tan pocas horas me enamorara de una persona, pero así era mi amor, estaba locamente enamorado de ti.

Te pedí el teléfono para llamarte. No tenías y yo te di el mío. Esperaba quedar contigo y poder ver de nuevo tu sonrisa.

—Me lo pensaré —me respondiste—, acabo de salir de una relación y no tengo ganas de estar con nadie.

Te besé en la mejilla, te dije que si el destino quería me llamarías, y sino pues perderías a tu príncipe azul. Reías y yo era el hombre más afortunado de la tierra por ello.

—Estás loco, pero me gusta como eres, un loco sano —me musitaste, mientras me abrazabas y yo rozaba el cielo por ello.

Estuve mirando cómo te alejabas por las calles de Huelva. El silencio reinaba por las callejuelas del centro de la ciudad. Vi cómo se diluía tu silueta y tus andares por sus angostas y frías aceras debido al rocío de la mañana.